

cion del language novelesco que habia aprendido en los libros.

No sé por que motivo le habia yo callado mi rompimiento con Maria: siempre me preguntaba por ella, y siempre le respondia yo como ocultandole la verdad. Al fin, un dia que estaba distraido le respondí á su pregunta habitual con un—No sé—que la sorprendió.

—¿Cómo no sé?... .

—Si, he quebrado con en ella—respondí con indiferencia.

—Me alegre....;ah! no....

Al decir—me alegre—sus ojos habian lucido como dos estrellas; pero inmediatamente bajó los párpados y pronunció avergonzada las últimas palabras.

Su vergüenza duró algunos dias en que estuvo conmigo encogida, callada, límida; mudanza que yo noté, y que atribuyéndole un origen demasiado lisongero para mí, procuré estudiarla para descubrir la verdad. Pero mis observaciones fueron todas estériles; despues de una ó dos semanas volvimos à recobrar nuestra antigua familiaridad, y se me olvidó aquel pasaje, que me hizo bien dulce impresion.

Ella siguió encerrada en su recámara leyendo sus novelas, y yo seguí visitandola y dando pábulo á la voracidad de su imaginacion, contodolo mas romántico y estrafalario que en mis manos caia.

Y aun no termina esta historia: como las otras tiene su desenlace, que llegará cuando sea tiempo

VI.

NARCISA.

Diciembre.

En la infancia se contraen ciertos hábitos, se crian ciertas afecciones, que mas ó ménos vivan hasta la muerte.... Para comenzar un capítulo no está malo el acionar; y si todo lo mas que dijere es tan cierto, ya podia decirse esta historia con mas intencion que los artículos de la fé. Sin embargo, poco ha de distar de la verdad, y esta es la razon por que lo escribo.

En nuestras niñeces eramos amiguitos inseparables Narcisa y yo: unas veces ella me ayudaba à decir misa con mi capilla; y á bebero el vino ó à comer la fruta que podiamos escamotar de la despensa; otras le ayudaba yo à arreglar su casa de muñecas, ó à quebrar un juguete; y no pocas tardes corríamos juntos por el prado, persiguiendo á un pájaro que intentabamos cazar, ella con su chal y yo con mi sombrero; concertando despues entre los dos la espiacion que habiamos de dar cuando

el chal se rompía ó el sombrero llegaba à casa con un pedazo de ala convertida en alon. El pudor no es fruto de esos tiempos, así es que ya pernoscitase ella en mi casa, ó yo en la suya, el lecho era comun, y teniamos aquellas sabrosas pláticas sobre cuantas galas juntará el dia que acabe el catecismo; sobre el cambalache que proyecta de dos docenas de colorines por un coche de baraja, ó sobre cuestiones de alta importancia, como resolver ciertas dudas que á todo muchacho le ocurren, ó preguntarnos dónde vivirían los príncipes y los encantadores de los cuentos que habíamos oido: despues de lo cual se duerme uno, invocando al ángel de la guarda y apretando mucho los ojos, para no ver al diablo, por haber faltado al precepto de lanana, de no platicar y dormirse pronto.

Si retozando con ella se me desgarraban los pantalones, inmediatamente iba á robar una aguja y una hebra aunque fuera encarnada para evitarme el regañoy en efecto, me lo evitaba las mas veces, pues mamá viendome el adefecio del surcido se echaba á reir, y perdonaba la travesura en pro de la ridiculez. En compensacion, si ella se rozaba un codo me apresuraba á curarselo con el sanalotodo de los muchachos, ó me arrojaba yo á un charco donde se ahogaban mis zapatos, por sacar el que ella habia dejado.

Los criados suyos y míos nos querían separados; pero juntos, protestaban de sacarnos á pasear y no quedaban responsables de los daños y perjuicios que hacíamos á los dulceros, ó á los gatos que ha-

llabamos parados en las puertas.... Nuestra fidelidad para travesear y disculparnos luego mutuamente era indisoluble.

Pero llegamos á los diez años y el destino nos separó. Girando en diversos mundos y entretenidos en otros objetos, no nos echamos de ménos, y probablemente solo nos quedó la memoria de aquellos juegos infantiles.

Tenia ya veinte años, y Narcisa á quien ni una sola vez habia vuelto á ver, entraba en mis recuerdos como un personaje de mi comedia de niño pero nada mas; ni me interesaba su suerte, ni me complacia su memoria, ni procuraba informarme de su vida: era en fin, una persona muerta para mi corazón.

Un dia me la encontré sentada en la sala de una señora que yo visitaba. Al saludarnos, el tú de la infancia se nos revolvió de los labios, y el vd. insípido quedó establecido: yo era ya un jóven, ella una señorita; la conveniencia nos impuso sus condiciones, y casi como estraños nos tratamos aquel dia.

—Es la primera vez que veo á la señorita en casa de vd.—le dije á mi visita, luego que Narcisa nos dejó.

—Es estraño, porque nos vemos con frecuencia.

—¿Son amigas?

—Parientas....es mi prima.

—Tiene un buen carácter al parecer.

—¿Cree vd?..—me preguntó sonriendo.

—¿Por qué se rie vd?
—Porque pienso que Narcisa le ha hecho mas impresion de la que....

—¡Oh! no, no... me simpatizó y nada mas.
—Todo el mal sea ese; peor seria que uno de los dos abandonase mi casa por repugnancia del otro.

Yo no tenia esperanzas ni deseos de volverá ver á Narcisa; sus visitas eran, segun ví aquella vez, de suma confianza, las mas casi de etiqueta y á diferentes horas; de modo que aquella casualidad no debia repetirse. Sin embargo, se repitió dentro de un mes; y yo gustando de su conversacion, alargué mi visita un poco mas de lo acostumbrado: estuve ademas obsequioso, atento y amable, hasta obtener de ella algunas recompensas de igual especie.

Nuestra prima se sonreia y nos dejaba.

La tercera ocasion que la encontré sentí positiva satisfaccion, ella me dió licencia de manifestarla, y deponiendo un poco la circunspeccion, comenzamos á hacer algunos recuerdos de nuestro pasado, y espresamos el deseo de que se repitiese aquella casualidad que nos reunia algunas veces.

En la inmediata que volví á ver á la prima, y tan pronto como estuvimos solos, me dijo:

—¿Qué tal la prima? Me parece que cada dia simpatizan mas.

—Es muy amable.... y no es fea.

—Y apénas tendrá la edad de vd.

—Ciertamente; casi nos criamos juntos.

—¿Y no se habian vuelto á ver?

—Hasta ahora.

—Tanto peor.

—¿Por qué?

—En todo caso, vd. necesita ya saber algunas cosas, de que quiero informarle como buena amiga. Narcisa no tiene novio, y aunque no sé si lo necesita, á los 20 años nunca sobra un pretendiente.

—Vd se burla.

—No, sinceramente.

—O á lo ménos quiere prevenirme que su casa..

—Vaya; y que profanacion habria en que vdes. se amaran?

—Pero yo no tengo intencion....

—Ni yo lo digo, ni me importa..

—Bien, bien: hablemos de otra cosa.

—Como vd. quiera.

Ahora pregunto: ¿esa señora leyó algo en mis ojos y era filantrópica por carácter, ó quiso divertirse conmigo? Me inclino á esto último, porque de otra manera no me esplico los servicios gratuitos que posteriormente nos prestó.

Que sé yo; pero lo cierto es que el diablo dispuso de tal manera las cosas, que si ántes nos encontrabamos cada mes, luego fué cada semana, y siempre teniamos ella ó yo una manera de indicarnos el dia que volveriamos, ó el paseo en que podriamos encontrarnos. Nuestra mutua amabilidad rayaba en coquetería; y al fin, me ví obligado á dar una esplicacion á la prima.

—Yo desearia..le dije—que no fuera vd. á creer..

—Yo?.. si soy la muger mas incrédula.

—Sin embargo; se repite con tanta frecuencia la casualidad de encontrarme aquí con Narcisa, que vd. pudiera ofenderse.

—Sabe vd.? de una manera me ofenderia; si quisiesen ponerme el gorro como dicen...

—No entiendo.

—Es decir, que si vdes. llegan á amarse, no me quieran hacer la tonta.

—Luego vd. cree posible que Narcisa me ame.

—Toma; y por qué no?

—Porque un hombre como yo es poco envidiado.

—Eso sí, es vd. modesto.

—A lo ménos, nunca pretenderé una cosa...

—Pues qué!.. ¿es vd. de los que esperan que os enamoren?

—No digo eso, pero un desaire...

—Ola!.. ya lo teme vd?..

—Pero á qué viene ese ya?

—Vea vd.; si fuera yo otra muger, podrian pretender engañarme ó desconfiar; pero ya estoy libre de incendio, no por mi edad, por mi estado.

—Y qué resulta de ahí?

—Resulta; que si vdes. al fin se enamoran, ménos malo es que tengan una amiga que los aconseje, y un lugar donde ocultarse de las murmuraciones, que no andar buscando á los criados, siempre infieles secretarios, ó poniendose en ridículo con espiarse desde el balcon, ó andarse siguiendo á to-

das partes: eso hasta quita la reputacion á las mugeres, y yo amo bastante á mi prima para desearle ese mal.

—Pero, prima... es decir, señora...

—Se equivocó vd?.. paciencia: al fin preveo que hemos de emparentar, y así no se ponga vd. colorado, y dígame prima; admito el título, ¿que mas quiere? peor seria que empezara vd. á hallar oposicion en quien puede servirle mas.

—Dice vd. unas cosas...

—De que otro ménos tímido que vd. se aprovecharia mejor.

—Vd. me precipita...

—Jesus!.. que se va á perder el niño!..

—No, no tanto, pero... ¿sabe vd. si Narcisa no me tiene preparado un desaire?

—¿Y como se ha de preparar si aún nada sabe? ¿ó le ha hecho vd. ya algunas insinuaciones?

—Casi está vd. haciendome ecsámen de conciencia.

—Es verdad, no me importa, y soy una entrometida: dispenseme.

—No fué mi intencion ofender á vd., señora.

—Está bien, señor.

—Señor!.. pues como quiere vd. que le hable?

—Como vd. quiera; pero le prevengo, que si yo sé sacrificarme por mis amigos, nunca consentiria en pasar el papel ridículo de la engañada. . Mi casa está abierta para vdes. y espero que sabrán respetarla.

- De modo que me despide vd...
—Vd. es dueño de hacer malas interpretaciones:
y hasta de ser desagradecido.
—Prima, no se enoje vd...
—Enojarme!.. por qué?
—Cree vd. que Narcisa me ama?
—Parece que ahora vd. es quien va á hacer in-
cesámen de conciencia.
—Es que quiero hablarle con franqueza.
—Al fin...
—Dice vd. que Narcisa no tiene novio.
—Pero tampoco sé si lo necesita.
—Oh!..
—Pero, angelito; ¿piensa vd. que ya se está mu-
riendo y que me ha hecho algun encargo?
—Volvamos á la cuestion. Narcisa no tiene no-
vio; tampoco lo desea; pero será imposible hacerla
participar de un amor que se manifieste con toda
la pureza, con toda la vehemencia de un corazon
sincero?
—Snelen decir los hombres tales palabras... Va-
ya; y supongamos que sea posible.
—No, no; nunca lo haré.
—¿Y para qué me lo avisa?
Turbado hasta no saber que hacer, me levanté
para tomar mi sombrero. Entónces ella me pregun-
tó con estrañeza:
—Se va vd.!
—Sí... y le suplico que me dispense si me he es-
cedido: ademas confio en que Narcisa no sabrá una
palabra de cuanto hemos platicado.

- Escusada es la advertencia.
—Adios, señora.
—¿No somos ya parientes?
—Sí, prima: adios.
Que diablo!—decia yo despues—ó la prima me
pretende pegar un chasco, ó no se qué pensar. ¿Es-
perará algo de mí, ó la otra le habra dicho?.. Eh!
no seamos fatuos, y vayamos á hacer una locura:
harto he dicho ya sin deber, y ahora no hay mas
que firmeza, y constancia. ¿Para qué me puede
querer una muchacha que necesita una posicion
que no puede darle un simple estudiante como yo?
Diversión es lo mas que puedo proporcionarle, y
la verdad, no estoy porque se rian de mí. Huiré la
ocasion, y si es posible, no volveré á casa de la pa-
rienta.
Propósitos efimeros: al tercer dia ya estaba yo
allá, y sin querer, consentí en hablar de Narcisa.
—El domingo *come conmigo... y si vd. no fue-
ra hijo de familia...
—Gracias por el convite, y por el epigrama.
—¿Acaso es un defecto ser niño todavía?
—Y sin embargo cree vd. que un niño pueda
ser amado.
—Eso es otra cosa: los niños crecen, y el amor
profundiza mas: ademas que yo no sé que ame á
vd. nadie.
—Hablabá yo en general.
—Entónces cambia: mis hijos son mas chiquitos
que vd. y los amo con toda el alma. En fin; si e^l

domingo puede vd. alcanzar una licencia, seremos tres en la mesa.

—Pues el señor...

—Mi marido? Tiene un convite y estaremos solos todo el dia.

—Hasta el domingo, si acaso.

—Hasta el domingo.

Ya iba yo rodando por la pendiente y hubiera sido imposible detenerme; así, pues, cerré los ojos... Mentira; se los tapan á uno, pero con una mano tan suave, que sin verla se pone á imaginar mil cosas bellísimas, que por alcanzarlas se dejaria llevar hasta el mismo infierno.... La desgracia es, que muchas veces, cuando vuelve uno á abrir los ojos, se encuentra con que el diestro que lo ha conducido, no es tan bello, ni tan discreto, ni tan amable como el que creia llevar: el ángel se convierte en demonio, y en vez de una mano rosada y flexible, se siente afianzado por las garras punzantes de un verdugo

Estas reflexiones, siempre se hacen despues de haber perdido como los jugadores de cartas; y en eso consiste la fortuna; que si fuera lo contrario, no podria uno gozar los placeres de la primera jornada.... no habria luna de miel para el matrimonio, ni paraiso para los amantes.

Nuestra prima tenia la discrecion de dejarnos solos algunos momentos que aprovechabamos con avidez, para dirigirnos una miradita, una de aque-

llas palabras que solo pueden ser bien dichas y admitidas en el secreto de la soledad.

Por fin, llegué á saber que Narcisa era aficionada á los versos; y

—Yo le haré á vd. unos—le dije con intencion.

—Tal vez los ha hecho vd. ya y los trae en la cartera.... Los veré.

—Nada traigo; á lo ménos que pueda vd. ver.

—¿Por qué?

—Porque los versos que haga para vd. serán conclusivos, y ántes no quisiera ni que hubiese visto nada mio.

—Bien: pero como no tarde mucho.

—La prócsima ocasion que nos veamos.

—Puede ser tan tarde....

—Si lo dejamos á la casualidad; però fijando un dia....

—¿Una cita?

—Si no tiene vd. gusto de leer mis versos....

—¿Cuando los habrá vd. concluido?

—De memoria los tengo en el corazon.

—Pues digamelos inmediatamente.

—Necesito ordenarlos.

—En fin, el juéves tengo que visitar á una amiga en la calle inmediata; si no me detiene mucho, tal vez pase por aquí.

Yo no sé por qué he tenido la incuria de dejar perder esos borradores, que son el oprobio de la literatura, y que en la historia de mis adelantos poéticos, servirian como las medallas de la anti-

güedad, para marcar las épocas de barbarie y corrupcion del entendimiento humano.

Pero ya en esta época no pertenecía yo à la escuela clàsica :habia reñido con los pastores y las deidades mitológicas; y los querubes, las maldiciones y el averno, eran las *fiorituri* de todas mis composiciones. Los primeros versos de Zorrilla y de Espronceda habian llegado á mis manos, medio chapurreaba el frances, y no estaba ya bien tocar la zampoña, sino pulsar la lira de los àngeles.

Llegado á mi casa despues de haber comido con Narcisa, pedí luz para mi cuarto, me encerré para que no me interrumpieran, abrí la ventana para que se me refrescara la cabeza y aflojandome hasta los ataderos de las medias, me senté á escribir el mas desatinado baturrillo que ha abortado el humano cerebro... Habia versos desde dos hasta catorce sílabas, juramentos y ternura por arrobos, los siete coros de àngeles, serafines y querubines tocaban una orquesta desesperada, y por último, en el soneto final me condenaba al fuego eterno si no alcanzaba yo su corazon....

Me quedó la cabeza hueca, resonando como una campana, y todo yo estaba hueco de orgullo y de esperanza. Al siguiente dia saqué en limpio tres copias á lo ménos; y empecè á contar las horas hasta el juéves inmediato.

El dia llegó: Narcisa cumplió su palabra, y aprovechando un momento de estar solos, le presenté el papel.

—Los versos aquí están; pero se los doy á vd. con una condicion.

—¿Cuál?

—Que solo vd. ha de verlos.

—¿Ni mi prima?

—Ni ella.

—¿Por qué?

—Cuando los haya vd. leído sabrá por qué.

—Pero....

—Es el primer favor, y casi tengo derecho para reclamarlo.

—Está bien.

—¿Nos volveremos á ver?

—No lo sé. Tal vez me vaya uno de estos dias á pasar al campo una temporada.

—¿En el invierno!

—No voy por paseo.

—Pero volverá vd. pronto, ¿no es verdad?

—Es posible.

No debia insistir mas y callé; pero con el alma traspasada.

Mis versos contenian una declaracion en toda forma; y á fé que si no acierto á ser poeta (¿poeta?) no le digo nunca una palabra; porque tenia yo tanto miedo de oir unas calabazas, que acaso me quedo con mi deseo. Pero en redondillas tiene uno licencia de decirlo todo, observa el efecto, y según el semblante va uno ratificando en prosa lo que escribió en verso y por lo ménos le queda un campo de honrosa retirada, cuando el enemigo no se ha

dejado vencer. Yo creo que uno de los buenos medios de colonizar es la poesía.

Narcisa tardaba ya algunos dias en volver á casa de la prima; y esta tardanza de mal agüero, metenia en un estado tan violento que mi parienta aventuró algunos epigramas; tanto más fundados, cuanto que estaba ya en el secreto á mi parecer, y veía además la asiduidad de mis visitas, y el embarazo con que, fingiendo una atención meramente cortesana, le preguntaba por su prima.

Volví á verla al cabo de dos semanas, y su seriedad al saludarme me heló la sangre.... ignoraba yo todavía las fórmulas de respeto á las conveniencias sociales. Esta vez nos dejó la prima un buen rato buscando para ello un pretésto; y no bien hubimos quedado solos cuando tomó la palabra Narcisa.

—Casi estoy incómoda con vd.

—¿Por qué?—pregunté asustado y tragando saliva.

—Esos versos no son para mí.

—Sí, Narcisa, para vd. los he hecho.

—Tanto peor.... esos versos contienen una declaración....

Yo callaba como un difunto. Ella prosiguía:

—Con razon me decía vd. que no se los enseñara á nadie.

—¿Y los ha enseñado vd.?

—No; y ahora me alegro. Se habrían reído de mí.

—¿Por qué?

—El amor es demasiado serio para chancearse con él.... y sobre todo, para diversion es mas de lo que puede permitirse.

—¿Pero vd. cree?....

—Yo creo que no le he dado á vd. motivo para que use conmigo ese lenguaje.

—Es verdad.

—Y esos versos los ha escrito vd. con la intencion de divertirse.

—¡Oh! no; eso no; pero si vd. se ofende....

—Yo me ofendo, en cuanto me creo el objeto de una diversion.

—De modo que si fuera cierto.

—¿Qué?

—Es decir, si esos sentimientos que no tengo valor de decir, ecsistiesen realmente en mi corazón?

—Entónces....

—Bien, y ¿entónces, qué?

—Se necesitarian muchas pruebas.

—Las daré.

—¿Acaso las pido?

—De modo que....

—De modo que á mí no me gusta que me finjan lo que no sienten.

—Pero le juro á vd. que mi amor es cierto.

—Amor.... ¿y á quién?

—¿No fueron para vd. los versos?

—¡Ah!....

—Y esos versos están escritos con el alma.

—En efecto, son bellísimos.

—¿Bellos nada más?

—Ya le dije á vd. que me ofenden esas chanzas.

—Pero si no lo son.

—¡Oh!... entónces.....

—¿Entónces?... Respondame vd. que ya viene la prima....

—Entónces.... ya veríamos.

A tiempo entró Faustina, que así llamaremos desde ahora á la parienta; si no tal vez me precipito á mayores locuras, obligandola con la violencia á ser ménos condescendiente y amable.

Aquel—ya veríamos— me labraba en el corazón con una tenacidad que llegaba á atormentarme: era una esperanza, una probabilidad, casi una promesa, pero tan vaga en la boca de una muger, que tan pronto me abandonaba á mil ilusiones, como me retraía entristecido temiendo un lazo, ó figurando me la víctima de una burla, que me hubiera pesado

Esta vez no hubo cita, y con el pecado ya encima temía yo hasta preguntar á la prima, á quien creía haber engañado, dejandola que descubriese el crimen por la inquietud. Ella disimulaba, se sonreía y complaciendose en atormentarme, tampoco me decía una palabra como otras veces, solicitando la conversacion para darme motivo de hablar. Pero yo ya estallaba; habia rondado los balcones de Narcisa, y ni allí se habia dejado ver: mi

mal humor, mi tristeza eran tan manifiestos, que al cabo, compadecida Faustina, me preguntó la causa, y me orilló un poquito.

—Pues bien, sí, estoy enamorado hasta la locura....

—¡Jesus!... ¡Jesus!... vd. que no sabia quebrar un plato.... ¿Y esa es la causa de tanta tristeza?

—Sí.

—Y ella ¿qué dice?

—No lo sé, y ese es mi tormento.

—¿Pero cómo quiere vd. que lo adivine?

—Demasiado lo sabe.

—¡Ola!.. ¿de qué manera?

—Perdone vd. el abuso que he cometido en su casa.... ya he hecho una declaracion.

—¡Pícara! y nada me habia dicho....

—¿Pero atienda vd. á que hace veinte días que le he dicho que la amo, y aún no me responde....

—¿Vd. la ama con sinceridad?

—La ofende vd. con preguntarmelo.

—Con todo; yo querria asegurarme; porque hasta cierto punto yo seria culpable si vd. la engañara, yo que sin saber por qué, me he interesado por vdes. y que no debo precipitarlos, ni desesperarlos....

—Lo que yo quiero es verla, hablarle una sola palabra; me está devorando el deseo....

—¿Será vd. discreto?....

—Sí: bajo mi palabra.

—¿Se pone vd. à mi discrecion y seguirá todos mis consejos?

—Sí, sí.

—Esta es toda la recompensa que pido.

—Seré esclavo de vd.

—Está bien.

Faustina escribió dos líneas, y mandó á un criado à casa de Narcisa.

—Aún es preciso—me dijo en seguida—no hacerle entender nuestra inteligencia. A las cinco estará ella aquí; vd. debe llegar un poco mas tarde.

—Gracias por tanto favor.

—Sea vd. fiel y discreto; estas son las dos condiciones de mi amistad.

Quiero perdonar toda la historia de mis inquietudes, mis zozobras, mis esperanzas, mis temores.... Narcisa llegó; yo despues: Faustina nos dejó solos, y comenzó la lucha.

Yo habia aprendido algunas peripecias teatrales, y entre otras la de ponerme de hinojos para implorar piedad.... De modo que estaba Narcisa sentada en un sofá; yo á sus piés de rodillas y teniendo una mano contra mi corazon, le rogaba toda la corte celestial que me amara si no queriar verme morir.... Era la hora del crepúsculo, y la semi oscuridad que habia en la sala me daba valor.... Cuando estabamos en el colmo del entusiasmo, la maldecida prima, abrió repentinamente la vidriera y apareció con una luz....

A pesar de que ella poseia mi secreto me aver-

goncé. Narcisa sintió igual efecto, ó supo fingirlo; y ambos quedamos como unos capuchinos sin atrevernos á comenzar una disculpa.

—Aunque callan, supongo lo que hacian—nos dijo la prima con severidad—involuntariamente he sorprendido un secreto que sospechaba; y no me pesa, sino el que vdes. hayan sido tan reservados.... porque en fin, nadie mejor que yo puede darles un buen consejo, y cuidar de su honor.... del tuyo principalmente—añadió dirigiéndose á Narcisa—Y bien; es vd. amado?—me preguntó.

—Narcisa.... dirá....

—Dejela vd.: obligarla á que haga una confesion delante de mí es indiscrecion, esas cosas nadie debe escucharlas.

—Prima, debes dispensarnos.

—Si algo tengo que reprender es solo tu falta de confianza: por lo demas.... parece que el cielo losha criado el uno para el otro.

—¡Ah! Faustina: cuanto tengo que agradecerte!

—¿Luego lo amas?.... vaya, que necia soy, eso no he de preguntarlo yo; ni se pregunta delante de todos, como decia ántes.

—Iba á arrojarme á sus piés para mostrarle mi agradecimiento; pero todo lo que pude hacer, fuè decirle con una voz de moribundo.

—Prima....

—Eso es: desde ahora todos somos primos; pero cuidado con mi marido: él es amigo de tu papá—le dijo á Narcisa—y qué sé yo lo que podria resul-

tar si lo llegase á saber. Por ahora, primo, lo que le toca á vd. es irse ántes que los encuentren juntos.

—¿Hasta cuando?

—Ya veremos.

—Y como si fuera á espiar alguna cosa se fué al balcon para darnos ocasion de despedirnos.

Narcisa me tendió la mano que yo estreché con ternura; y salí lleno de alegría.

¿Pero lo creerás, lector? Tan pronto como satisfice el deseo; luego que el amor propio se tranquilizó sobre el temor de recibir una ofensa, sentí un frio glacial en el corazon, y aquella inquietud de pocos dias quedó convertida en disgusto. Estos amores se marchitaron al nacer. . . .

Era natural: ¿tercera novia y amarla de veras? Imposible: todo habia sido efecto de la ocasion, de los hábitos del mundo. . . pasatiempo de corte; ó algo mas que despues adiviné: todo, ménos amor: y aunque lo hubiera sido, la facilidad le quitó su sabor, y la publicidad su aroma.

A los pocos dias, todos los criados de Faustina me veian con una sonrisa que me hostigaba; y el portero y el mozo de mandados, solian hacerme entender la necesidad de comprarles el silencio. Mis visitas no eran á excusas del marido, no lo habian sido ántes; pero desde ahora habian tomado cierto carácter de resérva y estemporaneidad, que hacíamos delito de la cosa mas inocente. Esto me puso en aprietos, por que yo no era rico, y los criados esplotaban mi temor.

—¡Ah! ¡dinero! ¡dinero!... esta fué la única salsa; el único lado dramático que tuvieron estos amores: mi posicion y la de mi novia. Narcisa pertenecia á una familia distinguida; paseaba en coche; iba á la ópera, y se presentaba con cierto lujo. Yo solo tenia un mal vestido, un verdadero *desahillé* cotidiano, y un frac para los domingos y fiestas de guardar. Este equipaje podrá dar una idea de mis rentas.

Pasadas algunas semanas me dijo Faustina:

—Ahora lo que falta es que yo presente á vd. en la casa de Narcisa, para que al fin pueda visitarla y conocer á su familia.

Nunca he sido petimetre; pero la noche de mi primera visita, tuve la precaucion de ponerme la corbata frente á un espejo, y sepillar mi único frac con toda la escrupulosidad posible.

Quedé instalado en casa de mi novia, y aquí comienza la série de mis trabajos.

Yo habia llegado á la edad en que comienzan á desarrollarse todos los deseos, todas las aspiraciones: se ve el mundo del lujo y la elegancia; se sueñan sus placeres, y se siente el anhelo de gozarlos; anhelo que mortifica con toda la tenacidad de la impotencia. El amor propio nos da ojos de lince para comparar nuestro chaleco descolorido, con el flamante todavía que lleva el petimetre que nos desprecia con una mirada: pasa uno frente á un palacio donde hay veinte carruajes, y de cuyos balcones salta la luz y la música de los salones del